5154

JUAN P. SEOANE

EL GRAN MUNDO

(PRINCE D'AUREC)

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

escrita en francés por

MR. HENRI LAVEDAN

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

5

EL GRAN MUNDO

Esta obra y la música de la pavana que en ella se baila, son propiedad de D. Juan P. Seoane, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL GRAN MUNDO

(PRINCE D'AUREC)

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

escrita en francés por

MR. HENRI LAVEDAN

y arreglada á la escena española por

JUAN P. SEOANE

Estrenada en el TEATRO PRINCIPAL de Barcelona, la noche del 7 de Noviembre de 1894, y representada en el TEATRO DE LA PRINCESA de Madrid, con extraordinario éxito, la noche del 27 de Noviembre de 1897

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1906

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PRINCESA DE AUREC.....	SRA. TUBAU.
DUQUESA DE TALAIS.....	» ALVERÁ.
CONDESA DE GANÇAY.....	SRTA. PALMA.
BARONESA DE BERTAMONT...	» SUAREZ.
SEÑORA DE SERQUIGNY.....	» G. LERA.
SEÑORITA DE SERQUIGNY....	» CATALÁ.
VIZCONDESA DE S TE PATRICE..	» RUIZ.
BARÓN DE HORN.....	SR. PRADO.
PRÍNCIPE DE AUREC.....	» G. ORTEGA.
VIZCONDE DE MONTREJEAN..	» MENDIGUCHÍA.
PABLO MONTADE.....	» VALERO.
MARQUÉS DE CHAMBERSAC...	» VICO.
SORBIER, magistrado.....	» ALMADA.
BARÓN DE BERTAMONT.....	» VALLE.
STULBACK.....	» SÁNCHEZ-BORT.
CONDE DE GANÇAY.....	» PORREDÓN.
BERTIN, intendente del Príncipe..	» MORALES.
DUTAILLIS, reporter.....	» OSORIO.
MARQUÉS DE FRAYSIÈRES....	» RANDO.
LUIS.....	» FERRER.
JOSÉ.....	» SANTIAGO.

ÉPOCA ACTUAL

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

En París. Salón galería del hotel del Príncipe de Aurec en el faubourg Saint Germain. Muebles y retratos de gran tamaño de Luis XIV. Tres puertas de cristales en el fondo y una á cada lado. El salón amueblado con gran lujo.

ESCENA PRIMERA

JOSÉ, LUIS y STULBACK. José y Luis de librea procuran detener á Stulback

STUL. (Furioso.) Pues no me voy, avisen ustedes á Bertin, mayordomo del señor Príncipe, que estoy aquí hace una hora, que le espero y no me iré; no se juega así con Stulback, ¡Stulback! el mejor constructor de carruajes de París.

JOSÉ Si ya le hemos dicho á usted que el señor Bertin no puede recibirle hoy...

LUIS Está dirigiendo el decorado de los salones.

STUL. Pues me recibirá; repito que le avisen ustedes.

JOSÉ (A Luis.) Es testarudo; avisa á ver si nos deja en paz.

LUIS (A Stulback.) Bueno; espere usted. (Sale.)

STUL. Eso hago.

675498

ESCENA II

STULBACK y JOSÉ

STUL (Paseando agitado.) ¡Qué casa!... Pero se acabó, estoy harto de servir de monote al Príncipe de Aurec y á su servidumbre.

JOSÉ (Con dulzura.) ¿Y nosotros qué tenemos que ver?...

STUL Pues que me paguen.

JOSÉ Ya le pagarán á usted mañana ú otro día, hoy estamos muy ocupados con el gran baile de trajes, que nos tiene vuelto el juicio.

STUL. ¿Y á mí qué me importa?...

JOSÉ Mil quinientos invitados; figúrese usted, vendrá la reina de Cerdeña...

STUL. ¡Otra que me debe dos landeaux!

JOSÉ Hombre, pues vaya usted á su casa á ver si le paga.

STUL. También iré; todo se andará.

ESCENA III

DICHOS y LUIS

LUIS (A Stulback.) El señor Bertin siente mucho no poder recibirle á usted, pero en este momento vigila la colocación del trono.

STUL. ¿Qué trono?

LUIS El trono para la reina de Cerdeña.

JOSÉ ¡Eh! ¿qué le decía yo?

LUIS Comprenderá usted que le es imposible...

STUL. Entonces quiero hablar con el señor Príncipe.

LUIS No se halla en casa; estará guiando «El Rayo», el *mail-coach* que hace el servicio de Versalles á París.

STUL. Le esperaré.

JOSÉ Vuelva usted la semana próxima, que ya estaremos tranquilos.

STUL. Corriente, me voy; pero digan al señor que le enviaré... papel sellado.

LUIS Envíe usted cuanto guste.

JOSÉ Ya lo conoce.

ESCENA IV

LUIS, JOSÉ, después BERTIN

JOSÉ Paréceme que se hunde esta gran casa.

LUIS Ya lo creo; como que el señor tiene más acreedores que pergaminos.

JOSÉ ¿Pues y la señora?

LUIS Hacen bien; no teniendo hijos...

JOSÉ De todos modos, fiestecillas como la de esta noche, salen por un ojo de la cara.

LUIS Cuando se pagan.

JOSÉ Lo peor es que el señor sigue jugando y cada vez más.

LUIS ¿Y pierde?

JOSÉ ¡Uf!

LUIS Entonces, ¿cómo se arregla para seguir con tanto lujo, tanto coche y tanto...?

JOSÉ (Con intención.) ¿Para qué sirven los amigos?

LUIS ¿El señor Pablo Montade?

JOSÉ Ca, hombre. ¿Un escritor? Me refiero al otro, al judío millonario.

LUIS ¿El barón de Horn? ¿El que hace la rueda á la señora?

JOSÉ Precisamente; para mí ese es el que afloja...

LUIS ¿Un judío? ¡Cosa rara!

BERTIN (Entrando con papeles en la mano.) ¿Se ha marchado Stulback?

JOSÉ Ahora mismo; por cierto que nos amenaza con empapelarnos.

BERTIN ¡Como quiera! ¡Será uno más! El zapatero, el sastre, el joyero, la florista... ¡Y este dichoso baile...! (A los criados.) ¿Habeis cumplido mis encargos?

LUIS Sí, señor.

BERTIN Bueno. El señor Príncipe no tardará en volver, marchaos; no es este vuestro sitio, y no dejeis entrar á ningún acreedor. (Salen los

criados; él ojea los papeles que traía en la mano) ¡Un Duque de Talais, Príncipe de Aurec...! No sé... no sé, no sé cómo nos vamos á arreglar... No habrá más remedio que decírselo á su madre... ¡Pobre Duquesa! (Sale Luis á la puerta.) ¿Otra vez?

LUIS — Es el señor Dutaillis, el reporter del *Instantáneo.*

BERTIN — Que pase. (Vase Luis.)

ESCENA V

BERTIN y DUTAILLIS

DUT. — Buenos días, señor Bertin.

BERTIN — Beso á usted la mano.

DUT. — Traigo muchísima prisa.

BERTIN — Nunca será tanta como la que yo tengo. ¿Desea usted ver al señor Príncipe?

DUT. — No, á la Princesa. ¿Pero por qué dice usted Príncipe? Debiera decir Duque de Talais, porque supongo que ya habrá sacado el título que usó su padre.

BERTIN — Efectivamente; pero quiere que se le llame Príncipe de Aurec, como en vida de aquél. Además, ya sabe usted su lema. «Mi fantasía.»

DUT. — ¡Ah!

BERTIN — Espere un momento, haré que lo anuncien á usted.

ESCENA VI

DICHOS y LA PRINCESA

PRINC.ª — (Entrando sin reparar en Dutaillis.) ¿No ha vuelto el señor Príncipe, Bertin?

BERTIN — Aun no. (Mostrándole á Dutaillis que aun no había visto.) El señor Dutaillis.

PRINC.ª — ¿Del *Instantáneo?* Me alegro... ¿viene usted á tomar apuntes? (Sale Bertin.)

DUT. Ya que tan amablemente me ha autorizado usted, Princesa...

PRINC.ª Sí, sí, bien; somos antiguos amigos; no olvido que fué usted el primero que tuvo conmigo una *intervieu* hace tres años, el día de mi boda.

DUT. Y en aquella ocasión fuí también el único en toda la prensa que publicó la lista completa é *in extenso* de las ropas y efectos que había usted de usar. Era entonces poco conocido...

PRINC.ª Y mi canastilla de boda lo lanzó á usted. ¿Qué desea usted saber? ¿el traje que luciré esta noche?

DUT. Y si es posible algunos más.

PRINC.ª Muy bien. El Príncipe vestirá de Condestable de Aurec, y yo de Marion Delorme.

DUT. ¿Y la Duquesa?

PRINC.ª ¿Mi suegra? De Madame de Maintenon... ¿por qué no va usted á su casa?

DUT. ¿No vive con ustedes?

PRINC.ª No, su hotel está en la calle de Varennes. Para los demás datos diríjase á Bertin, que le facilitará cuantos desee... ¡Ah! ¿Cuándo tendré las pruebas del artículo?

DUT. Después de la comida.

PRINC.ª Muy bien; otra cosa, quisiera dos entradas para ir mañana al Palacio de Justicia.

DUT. Cuente usted con ellas, Princesa; dentro de una hora las tendrá usted.

PRINC.ª Pero me podré retirar cuando se me antoje.

DUT. Pues ya lo creo.

PRINC.ª Porque á las cuatro deseo oir al Padre Buenaventura en la capilla de Jesús; dicen que habla muy bien. El jueves tengo una comidita... insignificante, ¡no vale la pena! seremos veintidós; le enviaré los nombres. No deje de dar un pequeño bombo á mi modista.

DUT. ¿Que es...?

PRINC.ª Monsieur Camille.

DUT. Me escapo... estoy abrumado... tengo que ir á la Nunciatura, al Tattersal, al Despacho

monárquico, al Depósito de cadáveres... y todo eso antes de comer.

PRINC.ª ¡Buen aperitivo! (Sale Dutaillis cruzándose con Bertin y el Príncipe.)

ESCENA VII

PRINCESA, PRÍNCIPE y BERTIN

PRÍN. (A Bertin, que le alarga unos papeles.) No, hombre, no. Déjeme en paz y no me vuelva á hablar de eso.

BERTIN Pero considere el señor que Stulback ha venido ya tres veces y piensa...

PRÍN. Stulback me fastidia, me carga, sí señor, me carga y usted lo mismo; lo repito, déjeme en paz, no estoy dispuesto á pensar en ingleses. (Sale Bertin.) ¿Ni aun en mi casa han de dejarme tranquilo? (A la Princesa.) ¿Qué tal?

PRINC.ª Pareces disgustado. ¿Llegas de Versalles?

PRÍN. Me bajo del pescante ahora mismo... estoy muy nervioso.

PRINC.ª ¿Has atropellado á alguien?

PRÍN. ¿Por quién me tomas? No, es otra cosa. ¿Con quién estabas?

PRINC.ª Con un gacetillero, un reporter del *Instantáneo*.

PRÍN. ¿Te ha hablado de mí?

PRINC.ª No.

PRÍN. ¿No te ha contado lo del círculo esta noche pasada?

PRINC.ª Ni una palabra. (Mirando fijamente al Príncipe.) ¿Pues qué? ¡Ah! ya comprendo... ¿Has perdido otra vez?

PRÍN. Algo.

PRINC.ª ¿Cuánto?

PRÍN. Cuatrocientos.

PRINC.ª ¿Mil?

PRÍN. Claro que no son cuatrocientos francos.

PRINC.ª Pues que sea enhorabuena, Domingo.

PRÍN. No hay de qué, Teresa.

PRINC.ª Lo cierto es que podías haber elegido otro día para perder.

PRÍN. ¿Por?

PRINC.ª Porque pensaba darte hoy un buen sablazo.

PRÍN. Pues no estoy dispuesto á recibirlo.

PRINC.ª ¿No?

PRÍN. Lo siento mucho; pero ya comprendes que me es imposible darte nada. ¿De qué se trata? ¿Modistas?... que esperen.

PRINC.ª Nada, no hablemos más. ¿Pero quién te ha ganado tan fuerte suma?

PRÍN. El Príncipe de Suabia.

PRINC.ª Sale caro jugar con el heredero de un trono.

PRÍN. Es duriúsculo, sí; cuatrocientos mil francos. Ya no extrañarás que esté algo nervioso.

PRINC.ª ¿Nervioso? Te encuentro tan fresco.

PRÍN. He guiado el *mail* como si tal cosa, porque, al fin y al cabo, nobleza obliga; un viaje delicioso, los caballos á buen trote, ni sol ni polvo, en fin, un tiempo inglés... pero me siento un poco cansado... he dormido poco, y cuando pienso que es el baile esta noche...

PRINC.ª Al menos así no jugarás.

PRÍN. Y eso es lo que siento, porque podría desquitarme.

PRINC.ª ¿Sabes que á este paso pronto nos arruinas del todo? Y cuando ese día llegue, ¿cómo ganarás después tu vida? ¿Serás cochero, ó enseñarás equitación?

PRÍN. Siempre ganaría más que siendo bachiller como Bertin mi intendente.

PRINC.ª Vamos á cuentas: en tres años, desde que nos casamos, te has comido: tus dos tíos...

PRÍN. Mi abuelo; mi tía, la canonesa...

PRINC.ª Y una viva...

PRÍN. ¿Tú? Es verdad.

PRINC.ª No, no te lo echo en cara; sabes que desprecio el dinero.

PRÍN. Como yo.

PRINC.ª Pero ya es hora de pararte los pies, pues de lo contrario sé yo de quién se encargará de hacerlo.

PRÍN. ¡Ah! ¿Y es?

PRINC.ª Tu madre.

PRÍN. ¡Ah, pobre mamá Duquesa! Estoy seguro me dará siempre cuanto le pida.

PRINC.ª ¿Lo crees así, verdad?

PRÍN. Inverosímil parece lo que ya ha pagado la buena señora.

PRINC.ª Y por lo mismo quieres ahora hacerle pagar las cuatrocientas mil.

PRÍN. Ni más ni menos; mañana mismo le hablaré.

PRINC.ª ¿Y crees conseguir algo?

PRÍN. Sin género de duda. Me idolatra.

PRINC.ª ¡Vaya una razón!

PRÍN. Eres injusta con mi madre, la juzgas mal.

PRINC.ª (Con ironía.) Dios me libre. (Se ríe.)

PRÍN. Si ya sé lo que piensas; que no es distinguida. ¿Qué quieres? No es noble de nacimiento, por más que crea que corre por sus venas sangre azul; mi padre la hizo Duquesa, es verdad, mas no por eso deja de ser una Piedoux, hija de las famosas máquinas Arístides Piedoux, para refinamiento de la manteca.

PRINC.ª (Recitando.) «Inoxidables, superiores á las mejores máquinas americanas; medalla de oro en la gran Exposición de Filadelfia, de plata en las de París y Barcelona», etc., etc., como dicen sus prospectos.

PRÍN. ¡Pero no me negarás que es una excelente persona! Que vayan á contarle algo malo de mí, de su Príncipe, y verás cómo los recibe. Mira, ni un día dejo de mortificarla sobre sus ideas caballerescas, rancias y anticuadas; pues bien, se defiende, discute, hasta se enfada, pero estimándome cada vez más, y cuando me larga su frase favorita, «¡Ay, Domingo, qué ingenio tan paradógico el tuyo!» entonces es cuando se siente más orgullosa de mí; la conozco como si fuera hija mía. No sabe negarme nada.

PRINC.ª Pues bien supo imponerse á tu padre.

PRÍN. Y con mucha razón; así impidió que nos arruinara. Se condujo como madre previso-

ra; pensaba en mí; pero ahora es otra cosa, mi padre no era su hijo.

PRINC.ª Bueno, bueno, háblala ya que tienes tanta confianza; me alegraré que sea con resultado; yo, después de todo, eso deseo.

PRÍN. No hay más remedio. ¿Conoces otro mejor?

PRINC.ª ¡Ah!

PRÍN. Mañana á estas horas tengo que haber pagado. Las deudas de juego son sagradas, y el Príncipe de Suabia es hombre muy serio en cuestión de juego... También podría vender la espada, la famosa espada de mi... *pariente* el condestable.

PRINC.ª Para lo que te sirve...

PRÍN. Chambersac me ha ofrecido por ella ciento treinta mil francos.

PRINC.ª ¿Chambersac?... ¿El Marqués?

PRÍN. El mismo. La quiere para la colección Cowley, de Londres.

PRINC.ª ¡Ah! ¿el Marqués es corredor de antigüedades? ¡Valiente ocupación para un Marqués!

PRÍN. Es hombre de gran experiencia y de muchos... expedientes.

PRINC.ª Como que vive de ellos. ¿Y cuándo te ha hecho esa oferta?

PRÍN. El mes pasado. Lo cierto es que objetitos de arte de ese precio, recuerdos de famila de tal importancia, caen pocos en libra. ¿Pero de qué me serviría? No es bastante, y por lo tanto es inútil pensar...

PRINC.ª Y tu madre se volvía loca, ó se moría como supiera semejante cosa.

PRÍN. También... tenemos á De Horn.

PRINC.ª (Con impaciencia mal disimulada.) ¿El Barón?

PRÍN. Aunque judío, pensé en él.

PRINC.ª No te pareces á tu madre, que no puede verlos ni en pintura.

PRÍN. Para mí valen tanto como nosotros cristianos.

PRINC.ª Y á veces más.

PRÍN. Pero no se les debe dar alas. No quiero pedirle á De Horn; abusaría después. Tiene dos pretensiones que no me agradan; la pri-

mera que cacemos en el mismo coto, y la segunda... no te rías... que lo presente en el círculo.

PRINC.ª Es mucho pedir.

PRÍN. Y como no estoy dispuesto á complacerle...

PRINC.ª Tienes muchísima razón.

PRÍN. En fin, sólo mi madre puede sacarme del atolladero. Tres veces ha pagado mis deudas; pagará la cuarta.

PRINC.ª Puede.

PRÍN. Ya lo verás.

ESCENA VIII

DICHAS y el VIZCONDE DE MONTREJEAN

JOSÉ (Anunciando.) El señor Vizconde de Montrejean.

PRÍN. (A la Princesa.) ¡Tu primito! ¡Ay qué pesado! Desde anteayer que está aquí, tenemos primito hasta por encima del pelo; siento de todas veras haberle dado hospitalidad... Es mucho primo.

PRINC.ª Un amigo de tu infancia, pariente nuestro, no podíamos consentir que fuera á la fonda, ¿verdad?

PRÍN. (Saliendo.) Me marcho.

VIZC. (Al entrar lo detiene.) No te vayas... fastidiado... aburridísimo...

PRÍN. ¿Qué es ello?

VIZC. La pavana, la pavana.

PRÍN. ¿Qué?

VIZC. Pues que no me resulta; ahora salgo de allí... desesperado... Bertamont no puede llevar el compás, es imposible, imposible... desesperante; los demás menos mal... pueden pasar. Pero les falta elegancia, *chic*. Nada, no es eso.

PRINC.ª Pero si ayer salió muy bien; tú exageras.

VIZC. Cá... no resulta, no resulta. En fin, hemos convenido en que esta noche nos reunamos para ensayarla por última vez. (A la Prinsesa.) ¿Quieres? (Al Príncipe.) ¿Tú también, eh?

PRÍN. ¿Pero dónde ha de ser?

VIZC. Aquí, en este salón, puesto que lo hemos reservado para nuestro uso.

PRÍN. Como te parezca, Gogó.

VIZC. ¡Ay, primos del alma! Parece que me juego mi suerte á cara ó cruz. Vine de Nantes á propósito; dejé mi vida, mis costumbres tranquilas, todo, en cuanto supe que dábais un baile... ¿os acordais?... Telegrama: «Anunciad, arreglará, dirigirá pavana, Vizconde Montrejean.» Pues bien, ahora tiene que hacer sensación, y que hablen, que hablen mucho de la pavana modelo, y que quede... que... vamos, que quede de repertorio. ¡Ay, pero qué vida!

PRINC.ª Por Dios, no te acalores, Gogó.

VIZC. Qué quieres, primita; soy una sensitiva; quisiera que hubieran pasado ya estas horas mortales.

PRÍN. Yo también.

VIZC. (Levantándose y dando la mano al Príncipe.) Cómo lo comprendes. Gracias, muchas gracias.

ESCENA IX

DICHAS, PABLO MONTADE y el BARÓN DE HORN

JOSÉ (Anunciando.) El señor Pablo Montade; el señor Barón de Horn.

PRÍN. ¿Ya?

VIZC. ¿Comen aquí?

PRINC.ª Sí, con mi suegra.

VIZC. Entonces no hay que perder tiempo. Se acerca la hora.

PRINC.ª Espera y te presentaré.

MONT. (Entrando.) Princesa, estoy á sus pies.

HORN Quizás llegamos demasiado pronto.

PRINC.ª No, nada de eso. (Haciendo la presentación.) Mi primo el Vizconde de Montrejean.

PRÍN. Recién llegado de Nantes, para dirigir esta noche la famosa pavana.

PRINC.ª El señor Barón De Horn; el señor Pablo Montade, el célebre novelista.

VIZC. (A De Horn, que toma por Montade.) Ah, sí... he leído en el ferrocarril, sí, señor... qué estilo y qué...

HORN (Enseñando á Montade.) Se equivoca usted; es el señor.

VIZC. Usted perdone. ¿Qué hay, se miente mucho en la Bolsa?

HORN (Con gesto evasivo.) Lo necesario.

VIZC. (De Horn se aleja fríamente. Se acerca á Montade.) Sí, señor, he leído; he leído en el ferrocarril; qué bonito estilo, qué elegancia, qué.. Y ahora, ¿qué preparamos? ¿Algo... eh, algo?

MONT. Sí, una novela.

VIZC. ¿Sobre?

MONT. El mundo... el gran mundo.

VIZC. Comprendido: latigazos, sátira.

MONT. No... sátira, no; latigazos solamente.

VIZC. Vamos, Juvenal.

PRINC.ª (A De Horn.) Iba á escribir á usted; tengo que hablarle.

PRÍN. (A Montrejean.) ¿Sabes que son ya más de las siete?

VIZC. (A todos.) Con permiso de ustedes... corbata blanca... ¿eh?

HORN (Al Príncipe.) Pueden ustedes marcharse; quedamos en buenísima compañía.

JOSÉ (Desde la puerta.) El armero del Museo, que viene para probar la coraza del señor Príncipe.

VIZ. ¡Oh, oh! ¡Coraza... torneo, qué época aquella!

PRÍN. (Aburrido.) Voy, voy. (Sale.)

VIZ. ¡Abur!

PRINC.ª ¡Abur, Gogó!

ESCENA X

DICHOS, menos el PRÍNCIPE y MONTREJEAN

HORN Ignoraba que tuviese usted un primo en provincias.

MONT. (Irónico.) Tiene cara de listo.

PRINC.ª No. Mi primo Gogó no ha inventado nada, pero bailando no tiene igual; y en lugar de burlarse de él usted, entreténgase un momento mirando estas estampas mientras yo charlo con el Barón.

MONT. (Vase al otro extremo y se sienta junto á una mesa cargada de libros.) Secretos tenemos. (A De Horn.) ¡Cuánto le envidio á usted!

PRINC.ª Hace usted mal; voy á consultarle sobre un empleo de fondos y encargarle... que me compre empréstito turco.

MONT. Me lo había figurado. (Toma un libro que hojea.)

PRINC.ª (A Montade.) ¿Necesita usted algo más?

MONT. Sólo me gustan las estampas de Epinal; (Mirando un grabado.) no obstante hay aquí una muy bonita.

PRINC.ª ¿Qué es?

MONT. (Leyendo el rótulo.) «El cuarto de hora de Rabelais.»

PRINC.ª (A De Horn, confidencialmente.) Pues era... no, no me atrevo.

HORN Ruego á usted que se atreva.

PRINC.ª Necesito de nuevo acudir á su amistad.

HORN Sabe usted que hoy como ayer y mañana, puede contar con ella.

PRINC.ª Se lo agradezco infinito.

HORN Dejemos el agradecimiento: ¿de qué se trata?...

PRINC.ª Pues... ¿no acierta usted?... Estoy en este instante muy...

HORN Comprendido. Conforme.

PRINC.ª Pero escuche usted... al menos... necesita usted saber...

HORN Es inútil. (Se vuelve, siéntase junto á un escritorio que está cerca, saca un libro talonario y lo firma; se lo enseña á la Princesa.) No tiene usted más que poner la cantidad aquí y aquí; está firmado. (Le entrega el librito.)

PRINC.ª (Jugueteando con el libro.) ¡Oh! ¿no es abusar?

HORN Abuse usted.

PRINC.ª Pero...

HORN ¿Qué, acabe, acabe?

PRINC.ª No dirá usted que no le trato con confianza.

HORN Señora...

PRINC.ª (Guarda el libro. Levantándose, á Montade.) Montade, le devuelvo á usted el Barón.

MONT. No me hacía falta.

PRINC.ª Vuelvo en seguida. (Sale.)

ESCENA XI

MONTADE y DE HORN

MONT. (Sonriendo maliciosamente.) Conque... ¿sube?

HORN ¿El qué?

MONT. El turco.

HORN No entiendo.

MONT. No sea usted niño, á mí no se me engaña tan fácilmente; sepa usted que llevo esto, (Señalando los lentes.) para ver mejor; y veo muy claro.

HORN (Con sorna.) ¿Es usted psicólogo?

MONT. A ratos.

HORN ¿Y qué ve usted?

MONT. ¿Si usted me promete no enfadarse?...

HORN No me enfado jamás.

MONT. Malo.

HORN Es una regla general. Veamos.

MONT. Pues observo que está usted muy atendido en esta casa.

HORN Como usted.

MONT. No hay comparación; yo gozo de cierta celebridad, escribo, hablo mucho, amenizo las comidas y me convidan como es natural; pero lo que no es natural es que usted, perteneciendo á una raza excesivamente práctica, tenga con una mujer como la Princesa apartes tan significativos y durante los cuales, con galantería exquisita, saque un cuaderno, que á la legua huele á talonario. (Gesto de protesta de De Horn.) Para que el Barón de Horn, perro viejo de la alta banca francesa, se abandone antes de comer á tan elocuentes pruebas de... amistad, es necesario que alimente una segunda intención muy atrevida.

HORN ¿Y qué más?

MONT. Que como se trata de una de las más sim-

páticas y apetecibles mujeres que conocemos, le doy á usted mi más completa enhorabuena y le deseo buena suerte.

HORN Aseguro á usted que...

MONT. Pero no sé por qué yo no me fiaría del Príncipe... ni de la Princesa... ¡Mucho ojo!

HORN Conozco demasiado á los aristócratas.

MONT. No tanto como yo. No nos quieren.

HORN Diga usted que nos desprecian: á mí por mi dinero, por su talento á usted. Estas gentes son nuestras enemigas de nacimiento, irreconciliables; nos admiten, nos tratan, nos toleran, pero sin pensar jamás que somos sus iguales.

MONT. Especie de criados... es verdad; pero teniéndonos tanto odio, ¿por qué nos reciben y agasajan?

HORN Primero, porque nos imponemos y, sobre todo, porque nos temen; sí, se encuentran hundidos y nos temen, como se teme al mañana, á lo desconocido. Temen los millones que yo tengo, les asusta la inteligencia de usted. Si no, fíjese en la insolencia que encubre su afectada cortesía, su tono protector, los apretones de mano de abajo á arriba, marcando mejor las distancias, fingiendo olvidarlas, para probarnos que no nos perdonan tener que sufrirnos. Inútiles, frívolos y casquivanos, forman una raza aislada en la sociedad, raza que se descompone y se deshace bajo su cubierta de heráldicos blasones y que en breve desaparecerá.

MONT. Exagera usted. No es que quiera defenderlos; pero, buscando, encontrará usted personas honradas, virtuosas y verdaderamente dignas de consideración y respeto.

HORN Será en provincias.

MONT. Y en París también.

HORN Alguna rara excepción. Para un Duque, hombre de estado; para un Vizconde, literato; para un Conde, arrogante general... ¡cuántos y cuántos imbéciles en esa aristocracia que se ahoga!... No son ya nada y no les queda nada.

MONT. Sí, les queda la satisfacción, que perdono, de llevar nombres de seiscientos y setecientos años.

HORN ¿Y qué sacan con eso?

MONT. Sacar, nada; les basta ir tirando. Tienen seiscientos años: ese es su mérito.

HORN El único. Pero también yo tengo seiscientos años y quizás más; puede que mis antepasados se hicieran matar heróicamente en las batallas; lo que tiene es que nadie lo sabe, mientras que aquellos lo dejaron escrito.

MONT. Eso es, y por lo que á mí toca, me enorgullece pensar que hace setecientos años, mis abuelos, andaban andrajosos, y descalzos, labraban la tierra dura de la edad media, y que yo, descendiente de aquellos parias, puedo entrar donde quiera con la cabeza levantada, y decir, escribir y publicar cuanto me plazca.

HORN Los míos vivían entre estiércol; tratados con oprobio, eran arrojados á pedradas de las ciudades, y para pasar por un puente una mujer judía embarazada tenía que abonar los mismos derechos que pagaban por un cerdo. Pero cambiaron los tiempos, y hoy somos ¡sí, señor! reyes del mundo. Somos los verdaderos aristócratas. ¿Ellos? .. ¡já, já!... bajan, bajan, mientras todo sube. (Toma un libro de la mesa y lee su título.) Vea usted sus libros predilectos: «Reglas del juego de Poker.»

MONT. (Lo mismo.) «Treinta toques de corneta por el barón X.»

HORN (Lo mismo.) «El mail-coack en París.» En fin, sin salir de esta casa, ¿qué vemos? Un Príncipe de treinta y cuatro años que no sirve para nada...

MONT. Y que de todo es capaz.

HORN Sin juicio, con el corazón más seco que este cigarro. Y la Princesa, una muñeca... á quien hago la corte... con la certeza de qué no será en vano ¿Quién más? Gogó, el primito de provincias... no hablemos de ese...

MONT. Mejor será.

HORN Sólo hay una persona que vale: la Duquesa, y para eso no es noble, y nació llamándose Piedoux. No tienen el gobierno que quisieran, ni manejan negocios, ni ocupan puestos importantes... ¿y cree usted que protestan, que se sublevan, que hacen algo? Pues no señor, se disfrazan, se pintan. ¿De qué te vistes? De clown. ¿Y tú? De rey... mago. ¡Son deliciosos!

MONT. (Declamando.) Juan Francisco de Aurec fué á Palestina...

HORN ¿El Condestable?

MONT. Sí, ¿sabe usted para qué?

HORN Para que su descendiente guiara el mail de Versalles, jugara al bacarrat, se arruinara, diera sablazos y arrastrara en los bailes de la *crema* la espada de sus abuelos.

MONT Silencio, vienen.

ESCENA XII

DICHOS, DUQUESA, PRINCESA y MONTREJEAN

DUQ. (A Montrejean.) Desde la boda de mi hijo, no había vuelto á ver á usted, y sin embargo, á la legua le hubiera conocido, pues para las caras como para los títulos tengo una memoria... (Montade y De Horn saludan á la Duquesa.) Ya saben ustedes, señores, que el Vizconde es pariente nuestro por su tía Brimont Laudun, hija de Laudun, que era gran caballerizo de Madame la Delfina.

MONT. (Ya se disparó.) (A la Duquesa.) ¿Y dónde para usted?

VIZC Aquí, como yo.

PRINC.ª Ocupa el gabinete encarnado.

DUQ. El cuarto del Rey. El que tomo siempre que duermo en esta casa. Le ocupó Luis XIV. Me enloquece Luis XIV, ¿y á ustedes? (Todos dicen que sí.)

VIZC. Gran Rey. Five ó clock con Molière.

MONT. (Mostrando el retrato.) ¡Ese es!

VIZC. (Mirándolo.) ¡Melenas! Cuando pienso que toda la vida llevó eso en la cabeza...

DUQ. ¿Acaso lo encuentra usted ridículo?

VIZC. Al contrario.

DUQ. ¿De qué se viste usted esta noche, Montade?

MONT. De Pierrot, un simple Pierrot.

DUQ. ¿Y por qué no un traje histórico?

MONT. No se me había ocurrido; otra vez será.

DUQ. ¿Y usted, Barón?

PRINC.ª ¿De Horn? De gran turco, cubierto de brillantes; dicen que no se le puede mirar... deslumbra, es el sol.

DUQ. Me han dicho que valen un millón las joyas que llevará usted esta noche. ¿Es verdad?

HORN No, Duquesa... valen tres.

DUQ. (Picada.) Mi enhorabuena; no hay señora de la aristocracia que tenga ni la mitad.

HORN Es cierto; pero mis brillantes no son de familia, son como yo, advenedizos.

DUQ. (A Montrejean.) ¿Y usted?

VIZC. De marqués Luis XV.

DUQ. Delicioso.

MONT. Estará usted muy bien. ¿Y usted, Duquesa?

DUQ. ¡Oh! Mi modista opinaba por Catalina de Médicis

MONT. ¡Oh!

DUQ. ¿Verdad? Es una figura antipática; así es que me he decidido por madame de Maintenon.

HORN Excelente idea.

ESCENA XIII

DICHOS, el PRÍNCIPE, de frac

PRÍN. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

DUQ. ¿Qué te pasa, Domingo? ¡Qué cara traes!

PRÍN. Me ha reventado el armero con sus probaturas de hierro viejo.

DUQ. ¡Cómo hierro viejo, la armadura del Condestable!

PRÍN. Vengo muerto... y con un dolor de cabeza .. jardineros, tapiceros clavando... qué sé yo. Todo el hotel está patas arriba.

DUQ. Es que va á ser magnífico este baile.
PRÍN. Cá, demasiada gente.
DUQ. Eso sí que no.
PRIC.ª ¡Mil quinientas personas!
PRÍN. Y si hacemos caso á mamá, convidamos además toda la nobleza de provincias.
VIZC. Que vale tanto como la de París.
DUQ. Pues es claro. Ocasiones necesitamos para reunirnos y contarnos; esta noche estará aquí toda la aristocracia, y, francamente, el Comercio se queja y me parece justo...
MONT. El Comercio no hace jamás otra cosa.
DUQ. La prensa republicana nos echa en cara que tengamos cerrados nuestros salones, y esta vez no podrá...
PRINC.ª Eso no, siempre dirá algo la prensa republicana.
PRÍN. Y con razón; hace ya tiempo que deberíamos habernos unido á este gobierno.
DUQ. ¡Domingo! ¡Domingo!
PRINC.ª Hay que ir con el siglo.
DUQ. ¿Republicanos nosotros?
PRÍN. Si hasta lo es el Papa.
DUQ. ¿Olvidas, hijo mío, que eres ahijado del Conde de Chambord?
VIZC. Como yo.
PRÍN. Valiente cosa; somos ciento y la madre.
DUQ. ¡Por Dios! no sigas disparatando.
PRÍN. Si lo digo en broma.
DUQ. Hay bromas y faltas de respeto que no puedo consentir. (A Montade y De Horn.) No conocían ustedes este flaco de mi hijo, ¿verdad? Siempre me está atacando mis creencias, el rey, el clero, la bandera blanca...
PRÍN. No lo crean ustedes; respeto á ratos al Papa, al rey, á los príncipes, títulos, testas coronadas...
HORN ¿Y descoronadas?
PRÍN. También; y deploro que hayan guillotinado á Luis XVI.
DUQ. ¡Dice que lo deplora!
PRINC.ª Pero, si es que mamá es más realista que el Rey; la monarquía andando.
PRÍN. No lee usted más que la *Gaceta* de Francia,

compra usted cuantos recuerdos puede de María Antonieta, cree usted en Luis XVII y de flores solo le gustan las de lis.

PRINC.ª Sintiendo no ponérselas en el ojal.

PRÍN. En fin, es el colmo de la inocencia; y por castigo ya he encontrado para usted escudo. Una rueda de molino sobre campo azur con este lema: «Me la tragué.»

DUQ. No comprendo el por qué...

PRÍN. Porque cree usted todo lo que le cuentan. Ahora que nadie nos oye, la diré á usted que todo es mentira, las Cruzadas, el punto aquel... Corazón de león. ¡Abrid, que es Francia! ¡No hay Pirineos!...

DUQ. ¿Y el águila?...

PRÍN. Esa es grilla... Todo eso solo se ve en pinturas, óperas y comedias.

VIZC. ¡Divino!

DUQ. No quiero oirte.

PRÍN. Cualquier mañanita al despertar nos enteramos que hemos soñado toda la Historia de Francia.

HORN Contéstele, Duquesa.

DUQ. No puedo, me ahogo... «Ay, ay, Domingo, que ingenio tan paradógico el tuyo.»

PRÍN. (A su mujer.) Ya lo soltó.

PRINC.ª Más vale tarde que nunca.

CRIADO (Anunciando.) La señora Princesa está servida. (Se levantan. La Princesa pasa junto al escritorio, sobre el cual deja el libro talonario, que el Barón toma con disimulo.)

PRINC.ª (A su marido.) ¡Qué poco hábil te encuentro en molestar así á tu madre esta noche!

PRÍN. Así pagará para traerme al buen camino.

HORN (Mira la cifra escrita por la Princesa.) ¡Doscientos mil francos! es un sablazo regio... (Dando el brazo á la Duquesa.) ¡Duquesa! (Se marchan hacia el comedor.)

DUQ. El día que el Rey entre en París á caballo...

PRÍN Lo apean por la cola.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración, pero las tres puertas del fondo abiertas dejan ver un gran balcón que da al salón de baile. En este balcón se hallarán atriles é instrumentos para los músicos.

ESCENA PRIMERA

CHAMBERSAC, de casaca; MONTREJEAN, de marqués Luis XV; MONTADE, de Pierrot

VIZC. (A Chambersac.) ¿Dice usted que perdió cuatrocientos mil francos en la noche pasada?

CHAM. Ganados por el Príncipe de Suabia.

VIZC. ¡Cáspita! Y la Duquesa no sabe nada. Después de comer se marchó tan tranquila á su casa.

MONT. Para vestirse de esposa morganática del gran Rey.

VIZC. Y de excelente humor, es claro; está hoy como el pez en el agua.

CHAM. Porque aún no sabe la nueva hazaña de su Príncipe; pronto se enterará.

VIZC. (Impaciente.) ¡Y mis bailarines que no llegan!

MONT. Paciencia, ya vendrán. (A Chambersac.) ¿Y el Príncipe, qué cara ponía?

CHAM. Impasible, correctísimo... *chic.*

VIZC. Porque tiene corazón.

CHAM. O hace de tripas corazón.

VIZC. Lo mismo da.

CHAM. Será en Nantes, aquí no.

MONT. ¿Y cree usted que podrá pagar esa suma?

CHAM. Vaya usted á saber; le queda el remedio de siempre... sablazo á la Duqussa.

MONT. ¿Y si no quiere saldar esta nueva calaverada de su hijo?

CHAM. Tendrá que apelar el Príncipe á otros recursos; buscar... revolver... yo puedo darle ciento treinta mil francos.

VIZC. Buen amigo; es un gran rasgo.

CHAM. No sea usted guasón, no tengo dinero para préstamos, á no ser con crecido interés. Le daré ciento treinta mil francos por su espada.

VIZC. ¿La espada del condestable?

CHAM. Claro, tengo encargo de adquirirla.

VIZC. Pero mi primo no querrá venderla.

CHAM. ¿No? Peor para él.

VIZC. Según

CHAM Pero, ¿qué le pasa á usted? ¿Le sorprende verme comerciar porque soy Marqués?

VIZC. Sí y no.

CHAM. (Con indulgencia.) Es usted muy joven, amigo mío.

MONT. Y bien se ve que no es usted de París.

CHAM. ¿Está usted escandalizado?... ¡qué quiere usted! hoy día cuando un noble sin dinero no se conforma con morirse de hambre, necesita aprovechar las dotes ó el talento que posea; unos se dedican á la política ó pintan...

MONT. Y sus cuadros no se venden.

CHAM. Otros doman caballos para los concursos hípicos, ó ganan premios en los tiros de pichón; otros se dedican á escribir, son los menos...

MONT. ¡Por fortuna!

CHAM. Yo ni pinto, ni tiro, ni entiendo de caballos, ni compongo música... nada, no tengo más talento que el de los negocios, pues lo cultivo, agradeciendo á Dios, el haber dado á un Marqués, á un solterón, á un inútil, en fin, la picardía y el olfato necesarios para los mercachifles. Vendo joyas de familia, las empeño ó las cambio, rebusco títulos de nobleza perdidos y liquido las espadas histórí-

cas con la misma facilidad que acallo dificultades surgidas en el juego; todo con cierta discreción, sin ruido, como se hace entre gente que se aprecia y estima.

MONT. ¡En lo que valga!

CH M. Y crean ustedes que se necesita muchísimo tacto; figúrense ustedes: negocio... situaciones complicadísimas, soy tasador de rupturas... serias, veo caer algunas lágrimas...

MONT. ¿Que enjugará usted?

CHAM. No siempre.

VIZC. (¡Ah, tuno!)

CHAM. También organizo el *chic* y la elegancia de las ricachos de mal gusto; doy á los tapiceros ideas luminosas que me pagan bien; en fin, soy Chambersac, el mismísimo Chambersac, el Marqués... así á secas, como si fuera el único en Francia; y podría poner en mi tarjeta: «gerente de la moda, árbitro de la elegancia, profesor de tocado.»

VIZC. (Dándole la mano) Es usted todo un caballero.

MONT. (De industria.)

VIZC. (Viendo entrar señoras.) ¡Ah!

ESCENA II

DICHOS, CONDE y CONDESA DE GANÇAY, BARÓN y BARONESA DE BERTAMONT, después VIZCONDESA DE SAINT PATRICE, MARQUÉS DE FRAYSIÈRES, SEÑORA y SEÑORITA DE SERQUIGNY. (Todos con trajes de tiempo de Luis XV.)

BAR.ª (De la mano de la Condesa de Gançay de muy buen humor.) Paso á las damas de la Corte de Luis XV.

COND.ª (Señalando á su marido y Bertamont.) Y sus apéndices. ¿Qué tal?

CHAM. Muy bien, admirablemente.

MONT. ¡Oh, señoras!

VIZC. (Pesado.) No perdamos tiempo... admiraremos luego... (Da palmadas.) Bertamont, á colocarse, á colocarse.

CONDE ¿Dónde están el Príncipe y la Princesa?

VIZC. Se estarán empavesando.

COND.ª (A Montade.) ¡Está usted monísimo! ¿Está usted siempre así en su casa?

MONT. Siempre que espero á Colombina.

BERT. (A su mujer.) ¿De veras, no me encuentras ridículo con este traje?

CONDE (Impaciente.) ¿Pero se empieza esa pavana?.

VIZC. (Triste.) Aun no estamos todos.

CHAM. Si soy preciso...

BAR.ª Falta aun la Vizcondesa de Saint Patrice.

VIZC.ª (Entrando.) No es cierto; y Fraysiéres...

FRAY. (Entrando.) Presente. (Entran la Señora y Señorita de Serquigny.)

COND.ª ¡Señora de Serquigny!

VIZC. (Haciendo una gran cortesía.) Sólo esperábamos à ustedes para empezar, aunque sea sin música.

COND.ª (A la señora de Serquigny.) ¡Está deliciosa su hija!

FRAY. (A la señorita de Serquigny.) Oígame usted.

SRA. S. (A la Condesa de Gançay.) Sí, será una mujercita muy hacendosa; espero mucho de este baile.

COND.ª ¿Para casarla?

SRA. S. Si pudiera ser mejor que lo hice yo, me alegraría.

FRAY. (A la señorita Serquigny.) Puse un Luis por Gladiador, como me dijo usted y ganó, aquí están sesenta francos. (Se les da de escondite.)

SRTA. S. ¡Qué sombra!

VIZC. Vamos, vamos, á su sitio todo el mundo. Señores. Los que no bailan, fuera, sitio, sitio. Señoras y Señoritas... acuérdense ustetedes; quien dice pavana dice baile noble, son ideas que se completan. Nobleza, pavana, pavana, nobleza; bailemos, saltemos pero con dignidad... muy alegres, pero muy estirados... nobles, siempre nobles... no hay más... ¡Ah! no olvidar que al final cada caballero besa la mano de su pareja; pues bien, ese beso... (Imita el ruido del beso.) que sea un beso ligero, ligero, ligero. ¡Está comprendido? (Se colocan todos para el baile.) Vamos allá... una, dos tres... deslicémonos con gracia y majestad. (Empiezan á ensayar la pa-

vana bailada por las cuatro parejas siguientes: Baronesa Bertamont con Gançay: Condesa de Gançay con Bertamont, señorita de Serguigny con Fraysieres. Vizcondesa de Saint Patrice con Montrejean. Al bailar hablan lo que sigue.)

CONDE Recomiendo á ustedes se fijen en Bertamont al estirar la pierna.

VIZC. ¡Silencio! Bertamont, ese compás, ese compás.

BERT. Se empeña usted en correr más que yo.

VIZC. Pues alcánceme usted, Baronesa, que está usted en un mal pie...

BAR.ª Tiene la culpa Gançay.

CONDE ¿Yo?

BAR.ª ¡Me dice unas cosas!

CONDE ¡Oh! ¡Baronesa!

COND.ª (A la Baronesa, Bertamont.) No le crea usted, dice mucho más de lo que hace.

VIZC. (Parando todo.) No es posible continuar en estas condiciones.

TODOS Bueno, bueno, nos callamos.

VIZC. Vaya, bien; pero ya que estamos parados majestuoso, majestuoso, pero con color, mucho color; la pavana, como dije, antes requiere mucha majestad; usted, Bertamont, no pavanea, vea usted, (Todo esto lo dice bailando solo.) vea usted qué posturita; ¿eh? ¿Y usted, Gançay, qué hace con los pies? Así, así, suave, suave, mucha suavidad... Comprendido, ¿eh? pero esta es la última vez; vamos allá. (Bailan en silencio: Chambersac y Montade junto á una mesa, el primero lee un papel.)

MONT. ¿Qué lee usted?

CHAM. Una lista de convidados... Hombre, la Princesa de Sarmoz se viste de reina de Saba.

MONT. ¿Es la del escandaloso proceso?

CHAM. Sí, siguió mis consejos y lo ganó. ¡Qué escote tiene! El marqués de Precignac de Carlos I.

MONT. ¿No es oficial de la Legión de honor?

CHAM. Ese es su hermano; este es gerente del Crédito Marsellés. Un chico espabilado.

MONT. (Leyendo también.) Landerbourg de clauwn edad media.

CHAM. Y el Príncipe de Glaive de polichinela.
MONT. Será de polichinela negro.
CHAM. ¡O verde!
MONT. Como su abuela murió hace quince días.
CHAM. ¡Qué malo es usted!
MONT. Soy simple observador y en el fondo bueno.
CHAM. Bueno... será como literato.
BAR.ª (Dejando de bailar.) Pero si no es posible bailar sin música.
VIZC. Bueno, pues lo ensayaremos luego con los músicos, no sea que me pongan ustedes en ridículo.

ESCENA III

DICHOS, el PRÍNCIPE (de Condestable pero sin coraza), la PRINCESA (de Marion Delorme), un CRIADO (trayendo el casco), luego DE HORN

PRINC.ª (A Montrejean.) Conque, Gogó, ¿estás satisfecho del cuerpo de baile?
MONT. Satisfecho, no; si no bailan, coquetean.
PRÍN. (Al Criado.) Déjelo usted ahí.
PRINC.ª Señores. (Les hace una reverencia.) ¡Hola, Montade! Muy bien, Chambersac, bonito traje.
CHAM. (Besándola la mano.) ¿A quién tengo el honor de saludar?
PRINC.ª Voy á decírselo á usted. Nací en 1612 en Chalons ó Blois, nadie lo sabe. Fuí famosa durante la mitad de un gran siglo, he conocido á Cinq Mars, Saint Evremont, Buckingham, Grammont, el Gran Condé, Richelieu y Luis XIII. Todos me amaron de distintos modos, aunque yo sólo los amé de una manera; después me eclipsé, y no hay historiador que pueda precisar la fecha de mi muerte; por eso alguna vez me permito volver al gran mundo, como lo hago esta noche, apoyada en el brazo del Condestable de Aurec... Elegantes señores, bellas damas, recibid la bienvenida de Marion Delorme.
CHAM. Habla usted como una reina.
PRINC.ª Como que he reinado.

VIZC. (A Bertamont llevándolo á un rincón para enseñarle el baile.) Va usted á ver.

COND.ª (Al Príncipe.) Soberbio, amigo mío.

MONT. Parece usted un verdadero Condestable.

SRA. DE S. Pero para recibir á los convidados se pondrá usted el casco, ¿verdad?

COND.ª ¿Y la coraza?

PRÍN. ¡Qué remedio!

SRA. DE S. (Cogiendo el casco.) ¡Uy, lo que pesa!

PRÍN. (Enseñándolo.) Es el que llevaba mi abuelo en el sitio de Brescia; el penacho se ha perdido.

BAR.ª ¿En alguna batalla?

PRÍN. En una mudanza.

MONT. (Mirando la espada.) ¿Y esta es la famosa espada?

PRÍN. (Desenvainándola.) La navaja histórica.

VIZC. (En su rincón.) Doble usted, doble esas rodillas, doble más...

BERT. (Enfadado.) Pero si hace una hora que no hago otra cosa. Esto es abusar.

MONT. (Que ha cogido la espada.) ¡Pobre espada! (Todos escuchan.) ¿No les parece á ustedes que despierta ciertas ideas?... Yo, al mirar esta hoja, no puedo menos de exclamar...

PRÍN. (Quitándosela.) No, no exclame usted nada.

COND.ª ¡Iba á decir preciosidades!

PRINC.ª Qué más dá; en su primer libro las leeremos.

PRÍN. Sí, con este Montade no hay desperdicio. (Mirando su espada que agita.) Y en cuanto á estos sables, saben ustedes (Envainando rápidamente.) son... como los miriñaques, ya no se llevan...

MONT. Como no sean á la casa de empeños.

JOSÉ (Desde la puerta.) Los salones están encendidos.

COND.ª (Enseña á De Horn, que entra vestido de gran turco y cubierto de brillantes.) ¡Señor Barón de Horn!

PRINC.ª Esplendoroso.

BAR.ª ¡Qué gran turco!... ¡tan... guapo!

SRA. DE S. (A Fraysiéres.) ¿Quién es ese tapón de cuba?

FRAY. El Barón de Horn.

SRA. DE S. ¿El que tiene tanta miga?

PRINC.ª (Al Barón.) No ha sabido usted hacer su entra-

da, caro Barón; cuando los grandes turcos se presentan tan deslumbradores, deben hacerlo sobre un elefante.

SRA. DE S. Y ha de ser blanco.

HORN Lo he dejado en el vestíbulo. (Salen todos menos De Horn, Princesa y Príncipe.)

MONT. (Saliendo con Gançay.) ¡Demasiados vidrios!

COND.ª ¡Hasta los dientes!

ESCENA IV

PRINCESA, PRÍNCIPE y DE HORN

HORN (A la Princesa.) ¿No va usted también?

PRINC.ª (Sentada.) Bastante tiempo tendré que estar de pie, ahora descanso.

HORN He atravesado los salones y producen un efecto maravilloso.

PRÍN. Chambersac se ha ocupado de eso... Yo no estaba de humor.

PRINC.ª ¿Pero no acabas de arreglarte?

PRIN. Verdad es, y que no es nada fácil introducirse en la coraza, ese arca de mi abuelo.

PRINC.ª ¡Vamos, ánimo, hombre! (Vase el Príncipe.)

ESCENA V

PRINCESA, DE HORN. Pausa

PRINC.ª (Con espontaneidad.) Mil gracias; tiene usted una delicadeza de caballero.

HORN Diga usted de amigo.

PRINC.ª Si Domingo no tuviera tan mala suerte desde hace tres meses...

HORN ¿Sí?

PRINC.ª No hubiera necesitado contar con...

HORN Dejemos eso.

PRINC.ª Pero devuelvo siempre lo que me prestan y dentro de un año no será usted mi acreedor.

HORN Lo sentiré.

PRINC.ª (Con gracia.) Fíjese que no le digo que quedará saldada la cuenta...

HORN Esa frase vale un mundo; pero sepa usted que soy yo quien está agradecido al Príncipe, y más aún á usted.

PRINC.a ¡Por Dios!

HORN Desde que hace más de dos años que conocí á ustedes, mi situación ha mejorado considerablemente.

PRINC.a ¿Más de dos años?

HORN Sí, Princesa.

PRINC.a ¡Cómo pasa el tiempo cuando no se tiene nada en qué pensar!

HORN Y me acuerdo muy bien cómo conocí á su marido de usted.

PRINC.a Pues no yo.

HORN Fué á mi regreso de Portugal, en un baile... creo que en casa de los Ambaise; conocía aun á poca gente...

PRINC.a Pues no ha perdido usted el tiempo.

HORN Gracias á su amabilidad; pues estaba viendo bailar, cuando oigo detrás de mí esta conversación. «¿Es un judío ese De Horn?» —«Sí, un buen pájaro.»—«¿No es la legión de honor, ese cintajo?»—«No, es de Portugal, el Cristo.»—«¡El Cristo! ¿Sigue, pues, entre judíos?»—dijo una tercera persona, me vuelvo para conocer al autor del chiste, me informo y averiguo que no era otro que el Príncipe de Aurec.

PRINC.a ¡Pero qué impertinencia!

HORN Me hizo gracia; cinco minutos después me hice presentar y su marido de usted estuvo amabilísimo.

PRINC.a Es lo menos que pudo hacer.

HORN Tal es el principio de nuestra amistad.

PRINC.a Cualquier otro hubiera sido mejor. ¿Y no guarda usted rencor á mi marido?

HORN Ninguno.

PRINC.a Pero todavía no veo en qué hemos servido á usted...

HORN A eso iba. Me han recibido ustedes, no siendo de su raza, ni de su clase, me han tratado con franqueza, como igual, como íntimo.

PRINC.a ¿No somos todos hermanos?

HORN En el Evangelio, sí; pero no en un salón.

Ustedes me han abierto, sin miedo al qué dirán, las puertas del gran mundo.

PRINC.ª No todas; faltan las del Círculo.

HORN Sería el colmo de la amabilidad. Puedo decir que á ustedes debo lo que soy; ¿antes qué era? Un banquero como todos; hoy paso por noble, por ilustre, y todo ¿por qué? Porque aquí tengo siempre un cubierto. ¡Ah; sí! les debo á ustedes inmensa gratitud y bendigo el haber tenido la ocasión, que ya deseaba, de demostrarlo.

PRINC.ª (Después de una pausa.) Cierto, me ha hecho usted un gran favor que jamás olvidaré.

HORN ¿Jamás? ¿Ha dicho usted jamás?

PRINC.ª Sí; ¿quiere usted que lo repita?

HORN Jamás es mucho, sólo pido que se acuerde usted un día, sólo un día.

PRINC.ª ¿Qué día?

HORN Ya se lo diré.

PRINC.ª (Aparte.) Quizás le he dado demasiadas gracias. (Alto.) Pero me va usted á prometer una cosa; si quiere que nuestras relaciones sigan siendo lo que eran, ha de jurarme usted...

HORN ¿Sobre qué?

PRINC.ª Sobre lo que más ame.

HORN Entonces sobre...

PRINC.ª Sus brillantes.

HORN Conforme. ¿Y qué debo jurar?

PRINC.ª Jure usted primero.

HORN ¡Juro!

PRINC.ª No hacerme la corte.

HORN Ya no juro.

PRINC.ª ¿Y por qué?

HORN Porque basta me prohiban una cosa para hacerla. Por eso no visito los museos, en cuanto leo: «Se prohibe tocar», cojo.

PRINC.ª ¡Já, já, já! Es que ahora no está usted en un museo.

HORN ¡Un juramento en un baile de trajes! No lo cumpliría, y esta noche le es á usted imposible hacerse obedecer; está usted demasiado hermosa.

PRINC.ª Me tranquiliza para los demás días.

HORN Pero no se fíe usted.

PRINC.ª Es cierto, no se puede uno fiar de nadie. ¿Sabe usted suntuoso turco que ha cambiado mucho en pocos minutos? Está usted en extremo galante y con unas maneras...

HORN Como que hablo á Marion.

PRINC.ª Comprendo, pero tenga cuidado, porque puede suceder que no tolere Marion las injurias hechas á la Princesa de Aurec.

HORN La Princesa de Aurec no se indispone con el gran turco.. (Entra el Príncipe vestido.) Aquí está el héroe de 1523.

ESCENA VI

DICHOS y EL PRÍNCIPE

PRÍN. (Con la coraza.) Acabé por meterme en mi férrea prisión... (Da unos papeles á la Princesa.) Toma las pruedas del artículo sobre nuestro baile, que saldrá mañana en *El Instantáneo*.

PRINC.ª (A De Horn.) Con permiso de usted.

HORN (Al Príncipe.) ¿Y no está usted molesto?

PRÍN. No; claro que no podría pasearme en bicicleta, pero me muevo bien... tallaría como si tal cosa... nueve, ocho, bac .. (A la Princesa.) ¿Alguna barbaridad?

PRINC.ª No, pero te leeré lo que dicen de nosotros. «A la entrada, haciendo los honores de su artístico palacio, está la Princesa de Aurec, una de las mujeres más simpáticas de la aristocracia francesa, cuya hermosura, belleza, elegancia y gracia encantan y fascinan ..» ¡No está mal dicho, eh! «Viste exactísimo traje de Marion Delorme; cerca de ella se halla el Príncipe con el traje de Condestable, ciñendo la espada y armadura de sus mayores, y á quien sienta muy bien el ropaje histórico que recuerda la fidelidad de sus antepasados ilustres».

PRÍN. Tiene ingenio el que ha escrito eso, está bien. (Poniéndose el casco.) ¡Así!

PRINC.ª Pero espera el final. «Un poco más lejos, bajo el severo traje de madame de Maintenon, todos admiran á la Duquesa de Talais, modesta, ingeniosa y picante como un retrato de Largillière escapado de su marco.»

PRÍN. (Riéndose.) ¡Pobre mamá!

ESCENA VII

DICHOS y DUQUESA que entra emocionadísima, vestida de Madame de Maintenón

DUQ. Domingo, tengo que hablarte ahora mismo. (A De Horn.) ¡Perdone usted!

HORN Me marcho, Duquesa.

DUQ. Mi hija acompañará á usted.

PRINC.ª (A la Duquesa.) ¿También estorbo?

PRÍN. Digo yo.

PRINC.ª Bueno, me iré.

PRÍN. (A la Princesa.) Creo que ya lo sabe.

PRINC.ª Eso parece. (Riendo.) Te trae los cuatrocientos mil.

PRÍN. ¡Qué bromista estás!

ESCENA VIII

PRÍNCIPE, DUQUESA y después BERTIN

PRÍN. ¿Me explicará usted?

DUQ. Lo sé todo; los cuatrocientos mil francos que has perdido la noche pasada, tus deudas, tu ruina...

PRÍN. ¡Exageraciones!

DUQ. No hay exageraciones que valgan, estoy muy bien enterada.

PRÍN. ¿Quién ha hecho de reporter?

DUQ. Quien puede y sabe las cosas, Bertin.

PRÍN. ¡Bertin, eh? A quien sin duda mandó usted que me vigilara, me expiara... (Se levanta y llama.)

DUQ. Y que ha cumplido con su deber avisándome. De casa sale ahora mismo, y viene...

PRÍN. Allí hubiera podido quedarse; ya le enseñaré yo...

DUQ. ¿Supongo que no le dirás nada por su noble proceder?

PRÍN. ¿Que no? (Llega Bertin.) ¡Ah! ¿es usted quien ha ido con el cuento á mi madre, verdad? Pues para que tenga algo más que contarle lo despido á usted.

DUQ. ¡Domingo, por Dios!

PRÍN. (A Bertin.) Puede retirarse.

BERTIN Está bien, señor Príncipe.

DUQ. Yo lo tomo á usted á mi servicio, Bertin.

BERTIN Gracias, señora Duquesa. (Vase.)

ESCENA IX

PRÍNCIPE y DUQUESA

DUQ. ¡Qué atrocidad!

PRÍN Y estoy dispuesto á repetirla.

DUQ. Tú siempre estas dispuesto á todo lo malo, pero esta vez te participo que no sucederá como hasta ahora.

PRÍN. ¡Mamá, por Dios, que no soy ya un niño!

DUQ. Siempre seré tu madre, y te voy á enseñar á conocerme; he decidido...

PRÍN. Déjeme usted...

DUQ. ¿No quieres escucharme?

PRÍN. ¡Claro que no! ¡Bonita ocasión! Con este casco, los dos de máscara... El Condestable de Aurec recibiendo un trepe de la viuda Scarron. ¡Vamos, es grotesco!

DUQ. ¿Qué tiene esto de grotesco? ¿Lo es acaso el llevar la espada y armadura del Condestable? ¿Del que honró y dió esplendor á nuestra casa? ¿Del que?...

PRÍN Dejemos en paz al Condestable.

DUQ. Desgraciadamente no es de él, sino de tí de quien se trata, y hay alguna diferencia. Pero vamos á ver, ¿te das tú cuenta de tu situación actual?

PRÍN. Es cierto, deberíamos estar recibiendo á los convidados.

DUQ. Estudiemos, examinemos tu situación.

PRÍN. Es ridiculísima.

DUQ. Aterradora.

PRÍN. Decididamente quiere usted hacerme una escenita. Pues sea, pero en ese caso seria y rápida.

DUQ. Bien, seria y rápida. Sin querer remontarme mucho, necesito recordarte algunos años atrás... (El Príncipe suspira impaciente.) ¿Por qué suspiras tanto?

PRÍN. Por nada: continúe usted.

DUQ. No tengas cuidado, no hablaré del pasado... Cuando me casé...

PRÍN. Pasemos... al diluvio.

DUQ. ¿Qué significa?

PRÍN. Adelante.

DUQ. Alguna impertinencia, pero estoy acostumbrada; cuando me casé, á los diecinueve años, tenía una fortuna magnífica; al morir tu padre, eras muy joven, pero no ignoras que quedamos mal, muy mal, de mi dote solo...

PRÍN. Deje usted eso, me entristece.

DUQ. A mí también... Pues bien, de mi dote de diez millones sólo me quedaban tres...

PRÍN. Siempre es un piquillo.

DUQ. Con ese dinero...

PRÍN. Sí, lo sé de memoria, por consejo del señor Sorbier, magistrado y amigo del abuelo, me metió usted en el colegio, se estableció usted cerca, viviendo modestamente y logrando así rehacer su fortuna á fuerza de economías.

DUQ. De privaciones debes decir, y eso durante doce años.

PRÍN. Bien, ¿y qué?

DUQ. Escucha y verás, vayamos por orden. No lograste ni siquiera aprobar el bachillerato.

PRÍN. ¡Poco á poco! Aprobé el examen escrito.

DUQ. Y te calabacearon tres veces en el otro. Cuando saliste del colegio empezaste la vida de soltero, es decir, á no hacer nada, más que gastarme la friolera de un millón cien mil francos en calaveradas de todo género...

PRÍN. Eso no. Sólo han sido...

DUQ. Ni un céntimo menos, lo rezan mis cuentas. A los treinta años te has casado, gracias á mí con una sobrina del Duque de Richelieu, Teresita de Vancourt. ¡Muy buen partido! Creí sentarías la cabeza. ¡Pero cá! Te has puesto á jugar más y más, y en menos de dos años has tirado por la ventana, además de su dote, lo poco que te quedaba, ó sea un total de quinientos mil francos de renta. Entonces has venido aquí, sí, á mis pies, me has jurado y perjurado no volverías á tocar una carta. Fuí tan necia que te creí. Por tercera vez te saqué á flote, y tú por tercera vez evaporaste cuanto te dí. Ahora debes á usureros, al constructor de coches, á zapateros, sastres, panaderos, carniceros.

PRÍN. Dejemos á esa gentecilla.

DUQ. Tus deudas se elevan á doscientos mil francos, y la noche pasada has perdido tan fresco cuatrocientos mil más contra el Príncipe de Suabia. Esta es tu situación actual. Pues bien, Domingo, tenlo presente, esta vez no cuentes conmigo, porque no pago nada, nada, nada.

PRÍN. Nada, nada, nada... Me voy á bailar. (Hace como que se va.)

DUQ. (Llamándole.) ¡Domingo!

PRÍN. ¿Qué?

DUQ. ¿No se te ocurre nada mejor que contestarme?

PRÍN. ¿Qué quiere usted que la diga? Tiene usted razón, muchísima razón... y yo en su caso haría lo mismo. (Vuelta á marcharse.)

DUQ. ¿Pero, desgraciado, cómo sales del atolladero?

PRÍN. Ya saldré.

DUQ. ¡Más de seiscientos mil francos, cómo te arreglarás!

PRÍN. Eso es cuenta mía.

DUQ. ¿Pero tienes dinero?

PRÍN. ¿Yo?

DUQ. ¿Entonces?...

PRÍN. Ya encontraré.

DUQ. ¿Dónde? ¿Cómo?

PRÍN. No se preocupe usted de eso.

DUQ. Sí me preocupo, porque soy tu madre. ¿Cómo vas á hacer? Quiero saberlo... Acuérdate que tienes sangre de Talais en las venas.

PRÍN. Sangre como la de todo el mundo.

DUQ. No señor, es sangre de tu abuelo, de Aurec, sangre del Mariscal de Talais, muerto en Denain, sangre de tus abuelas guillotinadas el noventa y tres.

PRÍN Sí, y sangre del Talais, que desertó bajo Enrique cuarto, del Talais que votó la muerte de Luis dieciseis, y del Talais que pasó por los tribunales y estuvo en un tris de ser ajusticiado.

DUQ. ¡Calla, por Dios!

PRÍN. ¿No es de esa sangre de la que habla usted?

DUQ. No tengo que hacer distingos; pero en nombre de todos los Talais te prohibo decir eso, y te mando vivir de un modo más conforme con el título que llevas y con los recuerdos gloriosos que ellos nos dejaron.

PRÍN. ¿Y cómo he de vivir? Vivo como todo el mundo.

DUQ. No calumnies á los demás, tu vida es la que conviene á tu pereza y á tus desórdenes.

PRÍN. ¡Pues no puedo resucitar las Cruzadas! ¡Se acabaron aquellos tiempos!

DUQ. Pero podías hacer algo mejor que guiar el coche de Versalles.

PRÍN. Es un ejercicio sano y saludable.

DUQ. Toma parte activa en la defensa de la monarquía.

PRÍN. ¡Gracias! ¿Dónde iríamos á parar?

DUQ. Pues trabaja, haz algo.

PRÍN. ¿Qué he de hacer?

DUQ. (Enfadada.) Tome *su señoría* un oficio, que ya ha llegado el caso.

PRÍN. (Remedándola.) Habérmelo enseñado *su alteza* cuando era chico.

DUQ. Al menos, puedes no entramparte.

PRÍN. ¡Como si fuera el único! El Príncipe de Suabía debe cincuenta millones.

DUQ. Ese Príncipe hará lo que le dé la gana; tú no eres Príncipe de Suabia.

PRÍN. Desgraciadamente. Su madre es Reina y hace negocios de Bolsa.

DUQ. Mal hecho, y yo en su lugar...

PRÍN. Esa Reina hará lo que le dé la gana, no es usted la Reina de Suabia. ¡Ah! y basta ya, ¿le pido á usted algo?... No: pues déjeme en paz, y no me sermonee ahora sobre el pasado, sobre mi padre, sobre mis deudas... y hasta sobre el bachillerato... diecisiete años después.

DUQ. Lo que hago es recordarte lo que he hecho por tí.

PRÍN. Si ya lo sé. Y poco que me lo ha cacareado usted. Es dura cosa deber á usted algo. Abusa usted y se aprovecha para criticar cuanto hago, cuanto digo, mis gustos, mis trabajos, mi género de vida. Me gustan los caballos, el juego, el lujo... ¿y qué? ¡Vaya un mal! Porque puedo; y hago lo mismísimo que los demás de mi posición y edad.

DUQ. No basta eso cuando se tiene el honor de llevar tu nombre.

PRÍN. Acabaré por odiarlo... mi nombre; quisiera llamarme Menier ó Dubois, para que me dejaran en paz. Todo le parece poco noble, poco palatino, poco principesco... á usted que nació en el faubourg San Antoine y cuyo padre hacía manteca.

DUQ. Un hombre honrado.

PRÍN. Siempre... nuestros nombres. Los llevamos, verdad, por eso nos pesan.

DUQ. No los lleváis, los arrastráis.

PRÍN. ¿Me quiere usted decir para que nos sirven?... Sencillamente para que bauticen los cocineros los platos que nos presentan. Toda la aristocracia francesa se encuentra en los *menús*; hay una pierna de carnero que lleva mi nombre... ¿Cuándo seguirá usted la corriente moderna, olvidando esas antiguallas del faubourg? La monarquía se acabó desde la revolución, se acabó como los talones encarnados y las sillas de mano. Y

nosotros... la nobleza, ¿qué somos desde que no tenemos privilegios?... Nada; estamos de capa caída. Ahora vamos por otro camino.

DUQ. Sí, vamos á la guerra, á la anarquía, á un segundo *terror*.

PRÍN. Pudiera ser... en todo caso no volvemos á los tiempos de San Luis.

DUQ. Basta de discusión; pero no te sorprendas de la enérgica determinación que he tomado: desde mañana te planto un tutor curador.

PRÍN. ¿Hará usted eso?

DUQ. Estoy decidida, ya estoy harta...

PRÍN. Y yo más.

DUQ. Perfectamente. Pero si como creo, te ves obligado á deshacerte de este hotel, sabes que en Recigny como en mi casa de la calle de Varennes, tendréis siempre vuestro hogar.

PRÍN. Eso sí que no, antes me pongo... á dar lecciones de equitación.

DUQ. ¡Como quieras!

PRÍN. ¿Nada más?

DUQ. Ni una palabra.

PRÍN. Bueno, pues yo me arreglaré solito, haré almoneda, venderé todo... sí la espada, la famosa espada...

DUQ. No, no te atreverás.

PRÍN. Ya lo verá usted. «Se vende magnífica espada, ejemplar único; la usó el Condestable de Aurec.» ¡Ah! ¿me amenaza usted con la intervención judicial?...

DUQ. Por Dios, Domingo.

PRIN. Pues sáqueme usted del compromiso.

DUQ. ¡Ah, eso no! Vende, vende lo que quieras, vende la espada, tendré un disgusto horroroso, pero en el fondo me alegraré, pues mejor que en tus manos, estará en cualquier parte. ¡Mal hijo!... ¡Mal caballero!... ¡Mal...!

PRÍN. ¡Ah! ¡basta!

ESCENA X

DICHOS, DE HORN, MONTREJEAN, todos los convidados y los músicos que tocan la pavana (1)

VIZC. Ea, vamos á ver qué tal sale mi famosa pavana. Colocarse. ¿Estamos? A una, á dos y á tres. (Bailan la pavana.)

PRINC.ª (Al terminar el baile.) Mamá, que empiezan á llegar más convidados.

DUQ. En efecto, vamos, Domingo.

HORN (Al Príncipe.) ¿Qué tiene usted?

PRÍN. Tengo... tengo que mi madre me nombra un tutor curador, que necesito cuatrocientos mil francos mañana y que no se dónde encontrarlos.

HORN No se apure usted por tan poca cosa, yo sé dónde están. (Dándole la mano. La orquesta toca un himno sardo.)

DUQ. La Reina, Domingo, por Dios, que es la Reina.

PRÍN. ¿Y qué?

DUQ. Vamos á recibirla.

PRÍNC. Ya la están recibiendo los músicos. Yo no sé tocar el bombo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

(1) La música de esta pavana, se halla de venta en la «Sociedad de Autores Españoles».

ACTO TERCERO

Castillo de la Duquesa en Recigny. Salón con grandes balcones en el fondo que dan al parque. Puertas á derecha é izquierda. Mesas y toda clase de asientos. Las paredes se hallan cubiertas de retratos de familia, guerreros con armaduras, magistrados de toga. Señoras de pelo empolvado; debajo de cada retrato el lema de su casa.

ESCENA PRIMERA

MONTADE, UN LACAYO, luego DE HORN

LAC. (A Montade.) Orden del coche.

MONT. Ya la daré luego, espero al señor barón. (Mirando los retratos y leyendo.) «Brevannes de Talais, nunca atrás... Aurec, el primero... ¡defendeos!»

HORN (Entrando.) Estoy listo; ¿miraba usted los retratos y los lemas? los hay curiosos.

MONT. Sea usted serio, estos no merecen risas... pero es idea haber tapizado las paredes con todos los Talais habidos y por haber... Esta Duquesa se pirra por la aristocracia... morirá un 21 de Enero.

HORN Supongo que no daremos un paseo largo, ¿verdad?

MONT. Descuide, hombre, que no se evapora la Princesa. Es usted muy constante.

HORN Siempre lo he sido.

MONT. ¿Se acuerda usted de aquella conversación que tuvimos el día del famoso baile de trajes que precedió al batacazo de estos señores?

HORN Perfectamente.

MONT. Le decía, hablando de un dulce proyecto que usted acariciaba... «Cuidado, ojo, se está usted entusiasmando y dejando embaucar», y hoy temo mucho haber resultado profeta.

HORN ¿Por qué? Han pasado tantas cosas en estos tres meses.

MONT. ¡Ya lo creo! Abandonado nuestro héroe por su madre, pudo, gracias á usted, pagar al Príncipe de Suabia; pero poco le duró el triunfo; después los acreedores le hicieron vender el hotel, los caballos... hasta la famosa espada. A propósito: ¿quién la compró?

HORN Creo que un inglés.

MONT. La Duquesa ha cumplido su palabra: no ha dado al Príncipe ni un céntimo; le ha nombrado un curador, y le ha obligado, bajo pena de morirse de hambre en París, á aceptar su hospitalidad... aquí... en Recigny...

HORN Así está él, rabiando.

MONT. Convengamos que la llegada al castillo de Sorbier, su tutor curador, que se descolgó anoche, no es el mejor confite para el Príncipe.

HORN Es píldora amarga. ¿Pero quién es ese Sorbier?

MONT. Un magistrado, republicano empedernido, gran amigo de la Duquesa, cuyos gustos y aficiones pretende reformar. Sólo hay una persona que sigue como si tal cosa, tan tranquila; la Princesa... Siempre tan simpática... tan guapa...

HORN Tan apetecible.

MONT. E intangible. (Gesto de Horn.) Sé que está usted lo mismo que la famosa noche en que le pidió la aconsejara para comprar... turco; y cuanto más pienso en su situación de usted, menos clara la encuentro. Sé lo que usted ha dado, pero no veo aún lo que ha

recibido; el Príncipe le ha exprimido á usted; la Princesa le ha mareado...

HORN Y yo me divertiré con los dos.

MONT. O no hay justicia en este mundo. Vaya, voy á mandar enganchar. (Vase.)

ESCENA II

DE HORN, luego EL PRÍNCIPE

HORN (Viendo llegar de lejos al Príncipe.) Este es m hombre.

PRÍN. ¿Era Montade quién estaba aquí?

HORN El era. ¿Está usted más tranquilo?

PRÍN. Lo que estoy es harto de esta vida cam pestre.

HORN ¿Qué tiene esta vida de desagradable? La Duquesa lo mima á usted... sólo piensa en darle gusto.

PRÍN. ¡La clemencia del vencedor! Ahora que me ha obligado á capitular, está amabilísima; pudiera haber empezado antes.

HORN Otros hay más desgraciados.

PRÍN. De todos modos necesito cambiar de aires; me voy á marchar...

HORN ¿Abandonar Recigny?

PRÍN. Sí.

HORN ¿Solo?

PRÍN. Con mi mujer.

HORN ¿Cuándo?

PRÍN. Cuanto antes; á más tardar saldré pasado mañana.

HORN ¿Y á dónde tan rápido viaje?

PRÍN. A Hungría.

HORN No es posible...

PRÍN. A casa de un pariente de mi mujer.

HORN ¿Será un viaje corto?

PRÍN. Cuatro ó cinco... ó seis meses.

HORN Muy bien. ¡Qué idea de irse á Hungría!

PRÍN. ¿Por qué? En cualquier parte se está mejor que aquí. ¿Acaso usted se divierte?

HORN No me aburro.

PRÍN. Gracias por su amabilidad; pero no está us-

ted en mi pellejo... faltarme no me falta nada, pero estoy sin un cuarto.

HORN ¿Y los amigos?

PRÍN. He abusado ya de ellos; y no creo tendrá usted la pretensión de mantenerme, ¿verdad?

HORN Sé que no lo toleraría usted, sin contar que mis medios no me permitirían hacerlo.

PRÍN. Ni nadie se lo pide.

HORN Ya cambiará usted de idea.

PRÍN. No me parece.

LAC. (Anunciando.) Está el coche.

HORN Vamos á dar Montade y yo un paseo por el bosque.

PRÍN. Pues llévense á Gogó... es un buen chico, pero me carga.

HORN Se lo hemos dicho y no ha querido; ¿pero por qué no viene usted?

PRÍN. Gracias, no.

HORN (Aparte.) (Montade tiene razón, debo darme prisa.) (Vase.)

ESCENA III

PRÍNCIPE, solo

Parece que la idea de mi viaje contraría... al... buen... De Horn... ¿Acaso?... Sería lo natural y lógico...

ESCENA IV

PRÍNCIPE, DUQUESA, PRINCESA, SORBIER y VIZCONDE

DUQ. Si vieras, Domingo, qué paseo tan hermoso nos ha hecho dar el señor Sorbier.

PRÍN. ¿Sí, eh?

PRINC.ª Sí, á la huerta.

SORB. Hemos visto los melones.

VIZC. Magníficos, como mi cabeza.

PRINC.ª (Al Príncipe.) Te has perdido un buen rato.

DUQ. Ciertamente. Haría bastante mejor en pasear y respirar buen aire, que en bostezar.

PRÍN. Me aburro soberanamente.

DUQ. ¿En el campo?

VIZC. Con estos jardines, estos bosques, estos prados...

DUQ. ¡Ochocientas hectáreas!

PRÍN. Es mucho verde para mí.

DUQ. Te fastidias porque no haces nada.

PRÍN. ¡Hacer algo! Siempre lo mismo.

DUQ. Aún no hace cinco minutos que se lo decía á Sorbier; tu porvenir me preocupa.

VIZC. Es cierto; ahora mismo lo decía.

PRÍN. (Molestado.) Mira, Gogó, tú no te metas en camisa de once varas; con mi madre y el señor me basta y sobra.

DUQ. En tu caso es un deber tener ambición.

PRINC.ª ¿Y qué puede ambicionar?

SORB Un joven como él puede aspirar á los más altos cargos.

PRÍN. (De chanza.) Presidente de la República.

DUQ. Cualquiera puede serlo.

VIZC. Calla, pues es verdad.

PRINC.ª (A Montrejean.) No, no te relamas, Gogó.

DUQ. (Al Príncipe.) Tienes la elección. ¿Quieres ser diputado?

PRÍN. Detesto la política.

PRINC.ª Que empieza por no entender.

VIZC. Lo mismito que yo, y como casi todos los políticos.

DUQ. Pueden no entender... de sus cosas, y administrar muy bien las del país.

PRÍN. Lo contrario es más común.

VIZC. Te compadezco... de veras.

DUQ. De diputado pasas á ministro, presidente del Consejo, embajador...

PRINC.ª ¡O Sultán!

DUQ. Vaya usted á saber dónde llegará.

VIZC. ¡No es nada lo del ojo!

PRÍN. Sí, muy bonito, mucha conversación, pero hay un obstáculo inmenso...

DUQ. ¿Cuál?

PRÍN. Que un Príncipe de Aurec no puede se funcionario de la República.

PRINC.ª (A la Duquesa.) Mil veces se lo ha dicho usted.

DUQ. Estarían encantados los republicanos de tenerte en...

PRINC.ª ¿Cómo, es usted la que le aconseja tamaña apostasía?

DUQ. ¿Qué quieres? Tiene la culpa Sorbier, que me ha hecho comprender muchas cosas, y porque prefiero la República con monárquicos á la Monarquía con republicanos, que sería inevitable si tuviéramos un rey.

SORB. Esté usted tranquila, que no le tendremos.

PRINC.ª ¿Y yo? ¿Nadie cuenta conmigo? ¿Creen ustedes que me gustaría ser mujer de una celebridad oficial? «La bella madame de Aurec, ministra de Agricultura ó de Fomento.» ¡Ah, no!

SORB. Pero, señora, puesto que el Príncipe no está contento así, ¿por qué no probar otro género de vida?

PRINC.ª ¿Quiere usted que Domingo negocie como De Horn?

DUQ. Dios nos libre.

PRINC.ª ¿Entonces hacerlo literato como Montade?

PRÍN. (Asustado.) ¡Académico de una vez!

DUQ. ¿Por qué no?

VIZC. Te caería muy bien el uniforme.

PRÍN. No; como el campo, demasiado verde.

DUQ. Arquitecto... médico...

PRINC.ª ¿El Príncipe de Aurec médico? ¡Qué asco!

DUQ. ¡Ay, Jesús! Ni que hubiera dicho una barbaridad; ya le llegará á eso.

SORB. Pues ya lo creo. Los aristócratas tendrán que trabajar como los demás mortales, si no quieren morirse de hambre.

DUQ. Así debe ser.

PRÍN. Pero aún no es; conque déjenme ustedes con sus oficios. Ya tengo yo profesión.

DUQ. Vago... de profesión.

PRÍN. Precisamente, de caballero más ó menos vago.

DUQ. No basta.

PRÍN. Pues encuentro que sobra.

PRINC.ª Es claro. Estar en la primavera de la vida, como Domingo, entre los primeros de la

primera clase de su país, llevar un nombre histórico tan brillante... y colmado de glorias, que sería verdaderamente vana pretensión en él tratar de superarlas ni aun de igualarlas, en estos tiempos tan poco heróicos... ¿qué le queda que hacer sino aplicar la actividad de su espíritu y las dotes de su inteligencia á adornar este nombre con todas las gracias y seducciones, á mantenerle constantemente en elevado concepto de perfección artística y mundana, á conseguirle su entrada triunfal en el Gotha del Daudismo, como ya lo tuvo por derecho propio en el más encopetado club de Europa, á llevarlo, en fin, con tan escrupulosos refinamientos de elegancia, que nadie pueda atreverse á competir con él? En una palabra: ¿qué más que superar á todos en gallardía, en generosidad, en destreza, en lujo y hasta en frivolidad?

DUQ. ¿Qué más? Cosas más grandes.

PRÍN. Si mamá necesita la conquista del Perú.

DUQ. (Leyendo los lemas.) ¡Nunca atrás! ¡Aurec el primero!

VIZC. (Lo mismo.) Montrejean más alto.

PRINC.ª Mamá, usted la ha errado; debió casarse con don Quijote.

DUQ. (Al Príncipe.) Y según tú, ¿en qué consiste ese bonito papel de vago?

PRÍN. Ya se lo ha dicho á usted Teresa. Consiste en crear la moda, en inventar una frase ó un lazo de corbata, en lanzar un sombrero ó una corista...

PRINC.ª ¡Ah!

PRÍN. (No hagas caso.) (Alto.) En hacer tolerar un vicio ó ridiculizar una virtud; en oponerse al brillante del judío, al bronce de arte del cursi y al oropel del americano. Tales son hoy día los únicos deberes de un caballero.

DUQ. Sin duda yo no lo entiendo, pero siempre he creído que eran otros los deberes...

PRÍN. (Enfadado.) En fin, basta, no discuto más.

SORB. Bueno, bueno, Príncipe, Duquesa.

DUQ. (Al Príncipe.) Pero, ¿por qué te enfadas?

PRÍN. Mire usted, mamá; me ha puesto usted un tutor, me ha obligado usted á vivir aquí, en el campo, bajo su férula... me he aguantado... soporto hasta las humillaciones, pero lo que no puedo sufrir ni tolerar, es que me ponga usted en ridículo. Y como estoy acalorado y necesito aire después de tanta discusión, me voy... veré los melones.

PRINC.ª Y yo. (Salen los dos.)

VIZC. Vamos, primito, no te enfurruñes. (Sale tras ellos.)

ESCENA V

DUQUESA y SORBIER

DUQ. (Abatida.) ¡Qué desesperación! Nada se consigue. ¿Qué haría usted en mi lugar?

SORB. Probaría por las buenas... Quizá quitándole mi tutoría.

DUQ. Eso sí que no.

SORB. Ahora que ha producido su efecto moral, que se ha impuesto usted...

DUQ. No me pida usted eso; mientras yo viva la seguirá teniendo.

SORB. Pero...

DUQ. Soy inflexible, y no me faltan razones.

SORB. Vamos á ver qué razones son esas.

DUQ. ¿Usted me lo pregunta? Usted que fué el amigo íntimo, que ha sentido todas mis angustias? Pero no se acuerda lo que ha sido mi vida desde los dieciocho años, cuando estaba con mi padre en Bellevue, donde venía usted á visitarnos los domingos...

SORB. Acababa usted de salir del Sagrado Corazón.

DUQ. Y ya mi sueño dorado era..

SORB. Sí, me acuerdo; la nobleza.

DUQ. Cuando oía ó cuando veía uno de esos nombres gloriosos de la historia de Francia... me deslumbraba y me latía el corazón fuerte... muy fuerte. Los nobles me parecían distintos... muy superiores á los demás mortales; la flor y nata de la nación, destinados

á transmitir, con mayor esplendor aún, las glorias de su raza á sus descendientes, con los recuerdos de aquellos heróicos antepasados, de quienes hablarían entre sí para cantar las victorias, las virtudes y las hazañas... y pensaba... si llegase un día, yo, Virginia Piedoux, á entrar entre ellos, á formar parte de esa clase privilegiada... qué sueño, qué dicha, qué honor... qué sé yo... Pues bien, entré, fuí noble, lo soy, sé lo que es. Valen menos que nosotros... ¡Bastante he sufrido!

SORB. Tranquilícese usted.

DUQ. Traje á esta nobleza mi dinero y mis virtudes caseras, y me pagó con vicios hereditarios, un escudo deslucido y una caja exhausta. Sólo he pasado disgustos; primero con el padre, despues con el hijo... Así es que me alegro de no ser abuela, pues mis nietos, con tales ejemplos, amargarían mi vejez, y es ya bien triste... mi vejez.

SORB. No tanto, vamos.

DUQ. ¡Oh, sí; y cuando pienso qué distinta hubiera sido mi existencia, si no me hubiera dejado guiar por mi ambición!... ¡Haber rehusado bodas!...

SORB (Pensativo.) Sí.

DUQ. ¡Ay, mi pobre amigo, si supiera usted lo de veces que me he acordado con pena!...

SORB. (Molesto.) Por Dios, no recordemos...

DUQ. ¿Por qué no hablar de ello? Al contrario, me desahoga... sí, amigo mío, cuánto siento haberle rechazado cuando pidió usted mi mano, hace treinta y cinco años.

SORB. ¡Treinta y seis!

DUQ. ¡Cómo pasa el tiempo! Pero se llamaba usted Sorbier, no era usted nada... ¿Yo llamarme señora Sorbier?... Cà, quería ser Condesa... Marquesa... ¿quién sabe? Y hoy, en lugar de ser Duquesa de Talais y llorar mis desgracias, sería la señora de Sorbier, el honradísimo magistrado, la rectitud andando; tendría hijos que me respetarían y no me matarían á disgustos; no viviría en el

faubourg, no me dirían: «La señora Duquesa está servida», pero la señora de Sorbier sería feliz. Perdóneme usted, amigo mío, que bien castigado está mi orgullo.

SORB. De nada tengo que perdonar á usted; aunque muchas veces he pensado lo mismo. (La Duqnesa se ha levantado y se dispone á salir.) ¿Se va usted?

DUQ. A ver á mis pobres.

SORB. La acompaño á usted.

ESCENA VI

DICHOS y DE HORN

DUQ. ¿Ya están ustedes de vuelta?

HORN Ahora llegamos.

DUQ. ¿Han dado un buen paseo?

HORN Excelente.

SORB. Pero, ¿y Montade?

HORN Lo he dejado en su cuarto... describiendo... el bosque.

DUQ. Estos literatos... siempre lo mismo.

HORN (Saludando.) ¡Duquesa! (Salen Duquesa y Sorbier.)

ESCENA VII

DE HORN; luego, PRINCESA

HORN Yo no soy como Montade, las ficciones no me bastan. Esta, esta será mi novela. (Tomando de la mesa un retrato de la Princesa.) Y bien pronto será una novela real.

PRINC.a (Entrando.) ¿Qué es eso? ¿Qué hace usted?

HORN ¡Admiro!

PRINC.a Quizás demasiado.

HORN Qué, ¿no me permite usted que la mire?

PRINC.a Pero se prohibe tocar.

HORN ¿Ni en efigie? Es bien platónico...

PRINC.a Platón fué un hipócrita. Vava, dejemos este retrato y no olvidemos las distancias.

HORN Las acorto.

PRINC.ª Pierde usted el tiempo lastimosamente... mejor será que aprovechando este hermoso día se vaya á pasear.

HORN No comprende usted que... tengo algo que decirle.

PRINC.ª Poco me importa, no soy curiosa.

HORN Pero yo soy indiscreto... la amo á usted.

PRINC.ª (Levantándose enfadada. Pausa. A De Horn.) No vale la pena de molestar á un criado, ¿verdad?

HORN La amo, la adoro con toda mi alma.

PRINC.ª Sí, un amor grande... como el deseo.

HORN Hace seis meses que me ahogaba este secreto...

PRINC.ª (Burlándose.) Y ahora, ¿respira usted mejor?

HORN No se burle, sea usted buena y dígame que algún día...

PRINC.ª O noche... ¡sea usted buena!... ¿Pero está usted loco? Acaso se había figurado que llegaría á ser su querida.

HORN Me juzgaba usted digno de ser su amigo.

PRINC.ª ¿Qué sabe usted?

HORN Usted me lo ha dicho.

PRINC.ª Pues he mentido.

HORN Hasta ahora he sido el íntimo... tratado con una especialísima simpatía.

PRINC.ª Y se ha dicho usted: Esta Princesita tan mona, tan alegre, con una sola palabra caerá en mis brazos. Pues sepa usted que ha picado un poco alto.

HORN No sería usted la primera que se decidiera á bajar.

PRINC.ª Es cierto, mas en ese caso escogemos.

HORN Y aun cuando estuviera tan bajo como usted quiere suponer, ¿por qué no habia de ambicionar el llegar hasta usted? ¿qué otra cosa puedo desear? Soy rico, disfruto de la vida, tengo cuanto se me antoja...

PRINC.ª Menos...

HORN Menos lo que ansío, menos usted, y es como si no tuviera nada.

PRINC.ª ¡Qué exageración!

HORN Es usted la personificación de mis ensueños.

PRINC.ª Mucho me lisongea.

HORN Es fatalidad ir á enamorarse de una mujer que me desprecia, enamorarme perdidamente de su belleza, ingenio, posición...

PRINC.ª De cuanto á usted le falta, en fin.

HORN Lo sé, y por eso mismo me ha enloquecido usted; no necesita á cada paso humillarme... lo reconozco; es usted la única ante quien mi orgullo se inclina, y á no pertenecer á la clase que pertenezco quisiera ser de la de usted.

PRINC.ª ¡Modestia aparte!

HORN No se ría usted.

PRINC.ª Nunca tuve menos gana de broma.

HORN En resumidas cuentas, ¿qué es lo que deseo?

PRINC.ª Me lo figuro.

HORN Hacerla feliz.

PRINC.ª Esas son palabras mayores.

HORN ¿No me dirá usted que es dichosa?

PRINC.ª Hasta ahora nadie me lo ha preguntado.

HORN ¿Tampoco el Príncipe?

PRINC.ª Deje usted á mi marido.

HORN ¿Le defiende usted?

PRINC.ª Sí, le defiendo.

HORN Poco lo merece... ¡Modelo de esposos!

PRINC.ª Nunca me ha engañado.

HORN Pues no faltaba más; pero ha hecho algo peor; la ha arruinado á usted y la ha obligado á compartir su destierro, sus privaciones, sus ..

PRINC.ª La mujer debe seguir al marido; ¿pero qué le importa á usted todo esto?

HORN Me importa mucho porque la amo; siento verla tan simpática y resplandeciente de hermosura ocupar un sitio y una posición que no son los que le corresponden...

PRINC.ª Tampoco á usted le corresponde los que ocupa. Basta; salga de aquí inmediatamente.

HORN ¡Ah!

PRINC.ª Nada necesito de usted.

HORN No siempre ha dicho usted eso.

PRINC.ª ¿Cómo?

HORN No quisiera tener que refrescar su memoria.
PRINC.ª ¿Servicios de usted?
HORN Sí... servicios míos.
PRINC.ª ¡Y yo que creí que era amistad! ¡Ahora veo que sólo era cálculo mezquino!
HORN Al aceptar esos servicios ha perdido usted el derecho de juzgarme.
PRINC.ª ¡Qué vergüenza y qué lección!
HORN ¡También lo es para mí!
PRINC.ª Ahora es cuando veo al verdadero De Horn.
HORN Me había juzgado dichoso ayudando á ustedes, pero ahora que...
PRINC.ª ¿Debe á usted algo mi marido?
HORN Un piquillo... disimula usted muy bien.
PRINC.ª Basta, no le reconozco el derecho de cobrarse en insultos.
HORN Son los intereses.
PRINC.ª Pues el Príncipe se encargará del capital.
HORN ¿Le diría usted?...
PRINC.ª Lo va usted á ver. (Entra el Príncipe.)

ESCENA VIII

DICHOS y EL PRÍNCIPE

PRÍN. ¿Qué es esto? ¿Qué sucede?
PRINC.ª Que el señor me propone que sea su querida.
PRÍN. ¡Ah!
PRINC.ª Y que como pongo algún reparo, pretende tomar el desquite echándome en rostro los favores y servicios que nos ha prestado. Pregúntale, que él te dará todos los detalles. (Sale la Princesa.)

ESCENA IX

DE HORN y EL PRÍNCIPE

PRÍN. ¿Es eso cierto?
HORN ¿El qué?

PRÍN. Lo que acaba de decir la Princesa.

HORN Debiera usted saber que nunca miente.

PRÍN. Debe usted sentirlo.

HORN ¿Por?

PRÍN. Porque lo arrojaré de esta casa.

HORN ¿Sin pedirme explicaciones?

PRÍN. No me hacen falta.

HORN Todo el mundo puede batirse con el Barón De Horn.

PRÍN. Lo siento. No soy todo el mundo. Es decir, que porque le he honrado con mi trato, porque le he dejado instalarse como íntimo en mi casa, porque le he permitido citar mi nombre entre los de sus amigos, olvidando la inmensa distancia que nos separa, porque he paseado en sus coches como usted en los míos, porque en fin, me ha prestado usted algo de... ese famoso dinero...

HORN Y bien se abalanzó usted...

PRÍN. Emporcándome menos al tomarlo que usted al ganarlo. Por eso ha querido usted indemnizarse con mi mujer, no le parecían á usted demasiado los favores de una Princesa de Aurec para cobrarse... ¡Ah! ¿Pero por quién nos toma usted?

HORN Por lo que son; unos egoístas sin entrañas, que nos adulan para explotarnos. Y todos esos aires... ¿por qué? porque nuestras abuelas no nos alcanzaron un marquesado ó condado... cenando con el rey.

PRÍN. ¡Con sangre en las batallas!

HORN Los judíos, en el sentido despreciativo que ustedes usan, son ustedes, sólo ustedes. Es el conde que vende su título al tendero de comestibles que adopta; es la nieta de duques encantada de casarse con el peluquero de la esquina, es Chambersac que cobra en casa del tapicero, del modisto y del chalán... esos son los verdaderos judíos.

PRÍN. Puede haber judíos entre nosotros; entre los judíos no hay aristócratas.

HORN Somos los primeros en todo, como pudiera demostrar... ¿Qué se habían figurado ustedes, que podían ponernos buena cara para

atraernos, especular con nuestras vanidades... quizás ridículas, sí, ridículas... buscarle el fondo á nuestro bolsillo para despedirnos después de saquearnos?...

PRÍN. ¡Miserable!

HORN Y además insultos. Pues no me basta para lo que me cuesta.

PRÍN. ¡Cuide usted no le pague con exceso!

HORN Me queda usted obligado.

PRÍN. Le debo, pero no le quedo obligado.

HORN Lo mismo que la Princesa.

PRÍN. Miente usted.

HORN ¡Diga usted que lo ignora! (Saca del bolsillo un cuaderno que lee.) Debe la señora Princesa de Aurec... trescientos mil francos. (Gesto del Príncipe.) ¡Pregúnteselo usted!... Dados en distintas ocasiones, que unidos á los cuatrocientos que usted me debe, representan un total de setecientos mil francos... ¿Se ha callado usted?... Ya que me despide como á un criado, págueme primero... ¿Lleva usted ahí los setecientos mil?... ¿No? Pues no saldré sin ellos.

PRÍN. (Furioso.) Pero no teme usted que le...

HORN No, señor, no... no temo nada, he tomado mis precauciones, por eso estoy tan tranquilo... Vaya, vaya usted á traerme el dinerillo... aquí lo espero.

PRÍN. (Se pasea agitadísimo mirando á De Horn que sigue tranquilamente sentado; llama al timbre.)

CRIADO (Entrando.) ¿Deseaba el señor Príncipe?...

PRÍN. Nada, vete. (Sale el Criado.)

HORN ¡Ya!... Pensaba usted hacerme arrojar de aquí por un criado, pero no se atreve... ¡qué prudente!...

PRÍN. Pues yo garantizo á usted que ahora mismo se le pagará. (Vuelve á llamar.)

HORN Me gustará verlo, hombre.... ¡Cuánto llama usted desde hace un rato!

ESCENA X

DICHOS y UN CRIADO

PRÍN. (Al Criado.) Diga usted á la señora Duquesa y á la señora Princesa que les ruego vengan en seguida.. ¡Ah! También á los señores Sorbier y Montade. (Sale el Criado.)

HORN ¿Todos entonces?

PRÍN. Sí, todos.

HORN Como á una merendona.

PRÍN. O á una ejecución.

ESCENA XI

DICHOS, DUQUESA, PRINCESA SORBIER y MONTADE. La Duquesa y la Princesa entran delante

PRÍN. Querida mamá, les llamo á ustedes para...

DUQ. Es inútil, ya me lo ha dicho Teresa. (A De Horn.) Tómese la molestia de ir á su habitación donde encontrará preparado su equipaje; Bertin, que ha recibido mis órdenes, acompañará á usted á París en el primer tren, y mañana á primera hora le pagará. Puede usted... (Señalándole la puerta.)

HORN Bien, muy bien... (Se queda como pensando algo.)

SORB. (Acercándosele.) Salga usted, ya nada tiene que hacer en esta casa.

HORN (Desde la puerta.) ¡Ah! la espada, la famosa espada del Condestable... la tengo yo. (El Príncipe se abalanza á él; su madre le detiene con un gesto.)

DUQ. ¡Domingo!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, menos DE HORN. El Príncipe cae en un sillón, se coge la cabeza entre las manos y llora tranquilamente y sin disimulo

MONT. (A media voz.) ¡La reacción!

SORB. (A la Duquesa.) Ahora, ahora hará usted de él lo que quiera.

PRINC.ª Da las gracias, Domingo, que bien lo merece tu madre.

DUQ. (Acercándose al Príncipe.) ¿Estás contento? ¿Me he portado como Duquesa de Talais?

PRÍN. Sí, sí, usted es noble; yo no lo soy.

DUQ. ¿Cuándo lo serás?

PRÍN. Nunca tanto como usted quisiera; pero lo que sí le prometo es vivir como hombre honrado, y el día que llegue el caso de morir. . como Príncipe.

DUQ. ¿En la guerra? ¿Te harás matar?

MONT. (Con cortés ironía.) Hará como todos.

PRÍN. (Mirándole con altivez.) No. ¡Mejor que todos!

FIN DE LA COMEDIA

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les facilite.